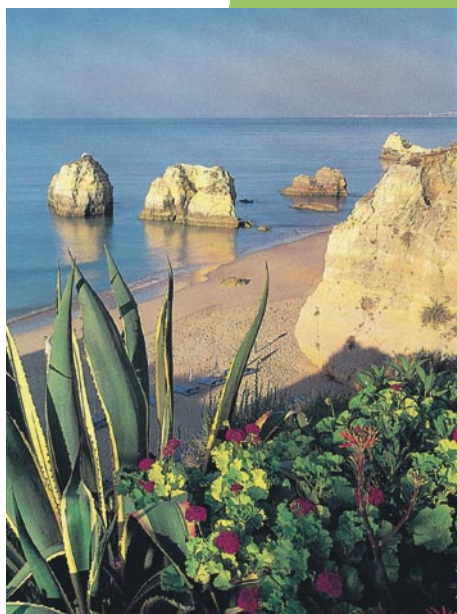


ALGARVE



Para muchos, el Algarve no es más que una larga costa de aguas cristalinas, ocreos roquedos e inmensos arenales dorados. Quizás alcancen a divisar el intenso azul del horizonte marino y los verdes interiores de variadas tonalidades. Algunos dejarán las arenas para admirar las blancas casitas, con ribetes azules y naranjas, con almohadillados recortando las largas paredes encaladas, con chimeneas que sobresalen como bulbos, con azoteas y parapetos enrejados.

La historia portuguesa del Algarve es otra. Llevaba el país más de cien años encerrado en unas fronteras intocables, fijas como corsés. Al norte y al este, Castilla les vigilaba amenazante.

Entonces, los marinos de la Escuela de Sagres, que bajaron desde y hasta "los confines del miedo", comprendieron aquí que "les faltaba mundo" y daban vueltas a la idea de que "las dos márgenes de certeza dudosa tenían que unirse". Aquí, comandados por Henrique el Navegante, soñaron otros mundos, quizás otros mercados. Entre la espada castellana y la pared salada de la mar oceánica, eligieron ésta.

Y se expandieron como lava, incandescentes, imparables, y hasta descontrolados.

